

Antigua

Historia y Arqueología de las civilizaciones

MIGUEL DE
CERVANTES



**La economía ganadera en la España Antigua a la
luz de las fuentes literarias griegas y romanas**
José María Blázquez Martínez

Antigua: Historia y Arqueología de las civilizaciones [Web]



Página mantenida por el Taller Digital

[Publicado previamente en: *Emerita* 25.1, 1957, 159-184. Editado aquí en versión digital por cortesía del autor, bajo su supervisión y con la paginación original].

© José María Blázquez

La economía ganadera en la España Antigua a la luz de las fuentes literarias griegas y romanas

José María Blázquez Martínez

Los escritores antiguos no han dejado una información extensa sobre la ganadería hispánica. De soslayo aparecen en sus escritos referencias a la ganadería, por las que es posible rastrear el estado de esta fuente de riqueza. Las alusiones, directas o indirectas, son escasas; pero, bien reunidas todas ellas, se obtiene una visión global bastante exacta. Este cuadro se completa con las noticias aportadas por la Numismática y la Arqueología.

Algunos escritores que dan estas referencias en sus escritos son españoles, como Séneca, Marcial o Mela; otros recorrieron la Península, como César, Silio Itálico, Polibio, Plinio o el compositor del poema de la Legio VII; un tercer grupo se inspiró en fuentes, hoy perdidas, de autores que vivieron en la Península, como Estrabón, que sacó datos de Polibio, Posidonio, Artemidoro, Asclepiades y Piteas, todos los cuales estuvieron acá. A Liciniano, Horacio o Suetonio, cualquier gobernante de estas provincias, ex combatientes o comerciantes de los que pululaban por Roma, les podían proporcionar datos seguros. Desde el año 200 antes de J. C. pasan por España las primeras figuras, políticas o militares, del Imperio que se estaba gestando: los Escipiones, Catón, Graco, Sertorio, César, Pompeyo, etc.

A partir del final de las guerras cantábricas en que España se romaniza plenamente, la Península no tenía secretos para los escritores de la Metrópoli; existe desde entonces un fuerte e ininterrumpido trasiego entre Iberia e Italia de hombres, ideas y productos.

De datos transmitidos por las fuentes literarias se deduce que predominaba la ganadería sobre la agricultura en varias partes. Toda la Meseta Central y el Norte viven exclusivamente del ganado. La abundancia de pastos no planteaba problemas de alimentación. Los rebaños se sostenían con las hierbas naturales. los bosques ocupaban extensas áreas de terreno, hoy muchas de ellas desprovistas de vegetación. Frecuentemente aluden los escritores a la riqueza en bosques de la Península. El geógrafo Estrabón, sin matizar, asegura (III 137) que «los iberos habitan en su totalidad en sierras y bosques»; este dato lo vuelve a repetir el autor (III 163). Por el mismo escritor griego se sabe (III 157) «que el país de los oretanos lo cruza una cordillera cubierta de densos bosques y corpulentos árboles». lo mismo acaecía en el Pirineo: «El lado ibérico de los Pirineos tiene mucho arbolado de varias clases y de hoja perenne» (III 161). De la sierra que está encima de Carthago Nova dice expresamente Estrabón que tiene bosques (III, 161). Las continuas alusiones a la caza mayor: corzos, ciervos, jabalíes, caballos salvajes, especies que hoy han quedado acantonadas en zonas montañosas y de pastos naturales, no dan lugar a duda sobre la existencia de éstas. La España antigua tenía quizá posibilidades ganaderas superiores a las actuales. Incluso en regiones profundamente mineras, como Cartagena, se habla de pastores. Con el carácter comodón y descuidado de los españoles de entonces, según los pintan los textos, la ganadería encaja mucho mejor que la agricultura, que requiere un continuo trabajo y cuidado. Favorecía a la ganadería el hecho, que cuenta Estrabón, de estar la mayor parte de la Península poco habitada (III 136).

Verdad es que ya entonces existían grandes zonas desérticas, que no mantenían rebaños. Plinio expresamente dice (*NH*, XXXVII 23) que grandes zonas desprovistas de pastos ocupaban la Península, dato que coincide con los transmitidos varias veces por Estrabón (III 137, 161, 163). De España traza el siguiente bosquejo este último escritor: «es sumamente mísera, de una situación excéntrica y de un as-

pecto inculto, Iberia... de suelo pobre y desigualmente regado». Estrabón escribe expresamente que en las llanuras el agua es insuficiente (III 137). También habla de otros terrenos que están sin agua (III 160). Otras veces dice simplemente que es pobre la Península (III 162-163), o que hay cordilleras sin agua (III 161). Se conoce la localización de algunos eriales, como uno entre Cartagena y Málaga. Los geólogos admiten que las condiciones climatológicas eran similares, en general, a las actuales (1). Existía mucho más arbolado y menos terreno roturado en el Centro y Norte, por lo menos al comienzo de la romanización. A las poblaciones se las puede clasificar, en su mayoría, de aldeas, a excepción de las situadas en la Bética y Levante; estaban enclavaos frecuentemente en los bosques (Estrabón, III 163), hecho que favorecía el desarrollo de la ganadería en los centros de población.

Incluso en regiones en que, como en la Bética, la producción cerealista, vinícola y aceitera era enorme (2), sobre todo desde que los romanos introdujeron su técnica de cultivo y organización, la ganadería era pujante.

Estrabón escribe al hablar de la Bética (III 144) ἀφθονος; δὲ καὶ βοσκημάτων ἀφθονία παντοίων καὶ... κυνηγεσιῶν; en III 169, alaba la alta calidad de las vegas andaluzas manifiesta por el hecho de que τυροποιοῦσί τε πολλῶ ὕδατι μίξαντες διὰ τὴν ποιότητα, ἐν πεντήκοντά τε ἡμέραις πνίγεται τὸ ζῶον, εἰ μὴ τις ἀποσχάζοι τι τοῦ αἵματος. Ἐηρὰ δὲ ἐστὶν ἦν νέμονται βοτάνην, ἀλλὰ παίει σφόδρα τεκμαίρονται δ' ἐκ τούτου πεπλάσθαι τὸν μῦθον τὸν περὶ τὰ βουκόλια τοῦ Γηρυόου; en otro pasaje alude el geógrafo a las vacadas que pastaban las desembocaduras de los ríos (III 143).

Alusiones a la riqueza ganadera de la Península, sin puntualizar, abundan: εὐδαίμονος δὲ τῆς χώρας ὑπαρχούσης κατὰ τε καρποὺς καὶ βοσκήματα dice Estrabón (III 154). A la misma región del Norte se refiere, III 175: ζῶσι δ' ἀπὸ βοσκημάτων νομα-

(1) R. Margalef, «Oscilaciones del clima postglacial del Noroeste de España, registradas en los sedimentos de la ría de Vigo», *Zephyrus*, VII, 1956, 533.

(2) Str. III, 147.

δικῶς τὸ πλεόν. En la Lusitania y Celtiberia los ganados constituían la base de la vida; eran, pues, pueblos pastores primordialmente, como se desprende de las palabras puestas por T. Livio (XXI 43, 8-9) en boca de Aníbal al arengar a las tropas lusitanas y celtíberas: *satis adhuc in uastis Lusitaniae Celtiberiaeque montibus pecora consectando nullum emolumentum tot laborum periculorumque uestrorum uidistis*. Este pasaje probablemente se refiere a ganado equino, bovino, ovino y cabrío. El comercio de los productos del ganado constituía una gran fuente de riqueza en toda España, pues en algunos pueblos, como en los del Norte, «las pieles las cambian con los mercaderes por vasos, sal y objetos de bronce» (Estr. III 175). Otros, pobres como los numantinos, pagaban el tributo a los romanos en pieles de bueyes y en caballos (Diod. XXXIII 16).

PRODUCCIÓN EQUINA

Los escritores antiguos concretan la especie de ganado en la que la Península sobresalía: caballos. Los caballos hispánicos eran, sin duda, el producto de exportación que más fama alcanzó en toda la cuenca mediterránea, incluso más que el aceite (1), los minerales (2), las lanas, las conservas (3) los cereales o las bailarinas andaluzas (4). En este punto coin-

(1) A. García y Bellido, «Las exportaciones del aceite andaluz al Este de Francia en el siglo II de la Era», *AEArq.*, XXV, 1952, 399; 10. Thevenot, «Una familia de negociantes en aceite establecida en la Baetica en el siglo II, Los Aelii Optati», *AEArq.*, XXV, 1952, 225 ss.

(2) A. García y Bellido, *Fenicios y cartagineses en Occidente*. Madrid, 1942, 75 ss.; idem, «Colonización púnica» en *Historia de España. España protohistórica*. Madrid, 1952, 377 ss; idem, *La Península Ibérica en los comienzos de su Historia*. Madrid, 1953, 439 ss.

(3) A. García y Bellido, *Fenicios y Cartagineses*, 82 ss.; idem, «Colonización púnica», 380 ss.; idem, *La Península Ibérica en los comienzos de su Historia*, 457 ss.

(4) A. García y Bellido, *La Península Ibérica en los comienzos de su Historia*, 618 ss.; idem, «Iocosae Gades» 31 ss.

ciden todos los escritores. Con el nombre de Hispania van unidos inseparablemente sus caballos.

Justino, resumiendo al escritor contemporáneo de Augusto Trogo Pompeyo, equipara la fama de la producción minera hispánica a la lograda por los caballos: *Nec ferri solum materia praecipua, sed et equorum pernices greges* (*Hist. Phil. Epit.* XLIV 1). Al hablar de la Península, la primera idea que aflora a la pluma de todos los escritores es el renombre de sus caballos. El español Mela (II 86) comienza la enumeración de los productos en que abunda Hispania afirmando rotundamente: *uiris equis... abundans*; Estrabón (III 163) concuerda con las afirmaciones anteriores: φέρει δ' ἡ Ἰβηρία δορκάδας πολλὰς καὶ ἵππους ἀγρίους

CABALLOS DE LA MESETA Y ANDALUCES

Se pueden señalar varias zonas y razas productoras de equinos. La desembocadura del Tajo alimentaba una raza caracterizada por su prodigiosa rapidez en la carrera. En Olisipo radicaba el mercado de esta comarca. Esta raza, junto con los asturcones y tieltones, corría en los circos romanos. El tren de velocidad marcado era tal, que originó la leyenda de que a las yeguas las fecundaba el viento Favonio, viento del Oeste, llamado Céfiro por los clásicos. Plinio (*NH* VIII 166) escribe de ellas: *Constat in Lusitania circa Olisiponem oppidum et Tagum amnem equas Fauonio flante obuertas animalem concipere spiritum, idque partum fieri et gigni pernicissimum ita, sed triennium uitae non excedere*. El naturalista romano vuelve a estas afirmaciones, como a noticia chocante (*NH* IV 116; XVI 93). Unos cuantos años antes,, otro naturalista romano, Varrón, que en el año 49 a. de J. C. fue gobernador de la Ulterior (*Re. Rust.*, II 1, 19), sostuvo la misma teoría de que el viento fecunda a las yeguas lusitanas: «en España ocurre con respecto a la generación una cosa increíble, pero cierta; en Lusitania, cerca del Océano, en la región donde se halla la ciudad de Olisipo, sobre el monte

Tagro, las yeguas conciben por el viento en cierta época». Columela (VI 27), que también habla de este hecho como de cosa archisabida y admirable, asegura que esto acontece en un monte sagrado, y añade, como Plinio, que los potros sólo viven tres años. Virgilio, en las *Geórgicas* (III 272-277) no podía menos de recoger esta leyenda:

..... *illae*
ore omnes uersae in Zephyrum stant rupibus altis
exceptantque leuis auras, et saepe sine ullis
coniugiis uento grauidae (mirabile dictu),
saxa per et scopulos et depressas conuallis
diffugiunt...

Y Silio Itálico por dos veces alude a esta creencia (III 378-383).

At Vettonum alas Balarus probat aequore aperto.
Hic adeo, cum uer placidum flatusque tepescit,
concupitus seruans tacitos, grex perstat equarum
et Venerem occultam genitali concipit aura.
Sed non multa dies generi, properatque senectus,
septimaque his siabulis longissima ducitur aestas.

Este autor localiza este acontecimiento en territorio de los vetones (XVI 365). La razón de semejante fábula la explica Justino (*Hist. Phil. Epit. XI/IV 3, 1*): *in Lusitanis iuxta fluuium Tagum uento equas fetus concipere multi auctores prodidere, quae fabulae ex equarum fecunditate et gregum multitudine natae sunt, qui tanti in Gallaecia ac Lusitania et tam pernices uisuntur, ut non inmerito uento ipso concepiti uideantur.* Tanto Varrón (*De Re. Rust. II 1,19*), como Columela (VI 27) y Plinio (*NH VIII 166*), en los textos anteriormente citados, afirman que los potros eran de muy corta vida, alcanzaban solamente los tres años de edad; Silio Itálico (III 382) alarga unos cuantos años la vida de las crías, pues hace subir a siete la duración de la edad. S. Isidoro (*Etym. XII 1, 44*), sin duda copiando una afirmación de Vegecio (*Mulom. III 7, i*), escribe que la vida de los caba-

ballos hispanos, númeridos y galos es más corta que la de los caballos persas, hunos, epirotas y sicilianos

En el centro correteaban yeguas en estado salvaje, los *equi siluicolentes* del *CIL*, II 2660; Varrón (*Re. Rust.* II 1,5) confirma también la existencia de tales rebaños salvajes «en algunas regiones de la España Citerior». Estrabón se refiere igualmente, sin localizarlas en una región, a estas yeguas salvajes, que en su tiempo debían de ser abundantes (III 163). El *Corpus Hippiatricorum Graecorum* (II 123, 3) también habla de caballos salvajes, de los que procederían los iberos. Eran capturados conforme las exigencias de la región, la guerra o la utilidad cotidiana lo requerían.

En la Meseta Central, como en el Norte o Andalucía, no sólo había calidad sino cantidad de caballos. Diodoro (XXXIII 16) alude a un tratado entre numantinos y termantinos con los romanos, en que aquéllos se comprometían a entregar a éstos 9.000 capras, 3.000 pieles de bueyes y 800 caballos para la guerra, cifra que nos revela la riqueza enorme del centro de la Península en ovejas, bueyes y caballos. A Numancia se le puede asignar una cifra entre 6.000 y 8.000 habitantes; a Termancia, una mucho más inferior (1).

Todas las guerras que España sostiene contra Roma son campañas a base de caballería. Los caballos del Centro, como posteriormente en las guerras cantábricas los del Norte, jugaron un papel capitalísimo en la independencia hispana.

La superioridad de un Sertorio o un Viriato, aparte de la bravura de sus hombres, estriba en la calidad de los caballos; gracias a ellos zigzagueaban con una rapidez desconcertante por toda la Meseta. Ya Apiano comprendió la importancia de los caballos hispanos en las luchas contra Roma, pues habla de los esfuerzos de los romanos para obtener caballos del país. El año 153 a. de J. C. Nobilior mandó al prefecto Blesio a

(1) Sobre la organización económica y la importancia de la ganadería entre los celtíberos: J. Caro Baroja, *Los pueblos de España*, Barcelona, 1946, 168 ss.; B. Taracena, «Los pueblos celtibéricos» en *Historia de España. España prerromana*, Madrid, 1954, 216 ss.

pedir caballos a los vacceos (?); en el camino le atacaron los numantinos y le infligieron una terrible derrota en la que murió el mismo Blesio (Ap., *Ib.* 47). Claudio Marcelo pidió en el año 152 a. de J. C. a los de Nertóbriga, en la actual provincia de Badajoz, cerca de Fregenal de la Sierra, 100 jinetes (Ap., *Ib.* 98), y en el año 151 a. de J. C. Lúculo a los de Cabea 100 talentos y caballería (Ap., *Ib.* 52).

Livio por dos veces cita caballos entre el botín que recogían los romanos en la Península (XI, 33; Xly 40, n).

En la Celtiberia, Afranio y Petreyo esperaban reunir un gran contingente de caballería para luchar contra César (*BC I* 71). El mismo César compró en la Península un gran número de caballos para la guerra en la Galia (Caes., *BG VII* 55), pues Apiano expresamente escribe que los caballos romanos eran inferiores a los celtibéricos (Ap., *Ib.* 62).

En el año 54 a. de J. C. se menciona por vez primera la caballería hispánica a las órdenes de César (*BG V* 26, 3). La caballería que César opuso a las tropas de Cneo Pompeyo en España se reclutó, sin duda, en la Península, pues el autor del *Bellum Hispanense* expresamente nota que los jinetes se bajaron de los caballos y combatieron a pie con la infantería (*BH* 15). Con César pasaron a África estos jinetes (*BA* 39), que también aparecen en la guerra civil al lado de César (*BC III*, 22).

César se entretuvo en Lusitania en domar un potro que, cual *Bucéfalo*, no toleraba otro jinete que su amo. Le acompañó en todas sus campañas. Quince años más tarde el dictador le erigió una estatua ante el templo de Venus Genetrix. Era el público reconocimiento de la alta calidad de los corceles hispánicos. Los jinetes hispanos no sólo lucharon con César, sino que también estuvieron probablemente a las órdenes de Cneo Pompeyo por Sicilia, como lo demuestran la gran cantidad de monedas recogidas en la isla, en las que por un lado se encuentra el jinete ibérico con la leyenda *Hispanorum*, y en el otro Palas; se debieron acuñar entre los años 40-36 a. de J. C., cuando la isla estuvo a las órdenes de Cneo Pompeyo (A. Schulten *FHA V* 176). Otros jefes de

menor importancia, como Iuba, dispusieron de escoltas de jinetes hispanos (*BC II* 40) igualmente.

Esta superioridad de los jinetes hispanos es lo que explica que se les encuentre operando en localidades muy distantes de la Península. Cuatro mil jinetes lusitanos se hallaron en la batalla de Filipo a las órdenes de Bruto y 2.000 iberos a las de Casio (Ap., *BC IV* 48) y entre el ejército que Marco Antonio llevó a Armenia en el año 36 a. de J. C. iban diez mil jinetes celtas (celtíberos seguramente) e iberos (Plut., *M. Ant.* 32).

No fueron los romanos los primeros que utilizaron los jinetes hispanos en sus guerras. Aníbal se sirvió de ellos en la segunda guerra púnica. La caballería hispana la citan los historiadores de esta guerra varias veces: en el cruce del Po (Livio XXI 47); en la batalla de Cannas, Aníbal situó la caballería ibérica y celta enfrente de la romana (Pol. III 113, 6-7; Livio XXII 46, 1,3). Al referirse a las correrías invernales del año 217 a. de J. C., Livio expresamente escribe que la caballería celtíbera y lusitana era superior a la nómada: «no se encontraban los romanos tranquilos en sus campamentos a causa de las continuas correrías de los jinetes nómadas, celtíberos y lusitanos, cuando aquéllos encontraban impedimento» (Livio XXI 57,5). Polibio repetidas veces da como causa de la superioridad de los cartagineses sobre los romanos el hecho de que aquéllos dispusieran de mejor caballería (III 110, 2; 117, 4; IX 3, 9). Livio, por su parte, afirma que la fuerza principal del ejército de Aníbal eran las tropas hispanas (XXVII 14, 5); como la caballería hispana era la mejor del ejército cartaginés, se deduce que ésta fue el cuerpo de ejército que más contribuyó a la victoria de los púnicos sobre los romanos (1). I/os textos continuamente aluden a la caballería

(1) Sobre los mercenarios hispanos: A. García y Bellido, *Fenicios y Cartagineses en Occidente*, 133 ss.; idem, «La colonización griega» en *Historia de España. España Protohistórica*, Madrid, 1952, 647 ss.; idem, *La Península Ibérica en los comienzos de su Historia*, 297 ss.; A. Balil, «Un factor difusor de la romanización: Las tropas hispanas al servicio de Roma (siglos III-I a. C.)», *Emerita*, XXIV, 1956, 108 ss.

de los pueblos del centro de la Península; según Polibio (95), «cuando ven (los celtíberos) a su infantería apretada por el enemigo se apean y dejan los caballos puestos en fila; tienen suspendidas unas clavijas en los extremos de las bridas e hincándolas con cuidado les enseñan a obedecer en fila hasta que regresando aflojan las clavijas» (1).

Diodoro escribe lo mismo sobre la manera de combatir los celtibéricos: διμάχαι δ' ὄντες, ἐπειδὴν ἀπὸ τῶν ἵππων ἀγωνισάμενοι νικήσωσι, καταπηδῶντες καὶ τὴν τῶν πεζῶν τάξιν μεταλαμβάνοντες θαυμαστὰς πειοῦνται μάχας. (V 33). Livio hace extensiva a los ilergetes esta modalidad de lucha de la caballería celtibérica (XXVIII 33; XXIX 11) (2).

La magnífica doma de estos caballos no pasó inadvertida a los escritores. Estrabón también coincide con los anteriores historiadores en asegurar que con la infantería combatía mezclada la caballería, «estando los caballos adiestrados

(1) Sobre la táctica de los pueblos hispanos, A. Schulten *Numantia*, I, Munich, 1914, 204 ss. Estos clavos han aparecido en los campamentos romanos de Numancia: idem, *Numantia* III, 1927, 254.

(2) Sin embargo, los frenos que han aparecido en los ajuares de las sepulturas son en extremo fuertes (J. Cabré, «Excavaciones de las Cogotas (Cardeñosa, Ávila) I. El Castro», *JSEA*, 1930, lám. LXXI, número 4; idem, «II. La necrópolis», *JSEA*, 1932, láms. LXXI, núm. 2; LXX-LXXI; LXXIII; J. Maluquer, «Los pueblos de la España céltica» en *Historia de España. España prerromana*, Madrid, 1954, figura 58; B. Taracena, *op. cit.*, fig. 161; A. García y Bellido, *Ars Hispaniae*, I, Madrid, 1947, fig. 266; L. Pericot, *La España primitiva*, Barcelona, 1950, 324; M. Cabré, «Una sepultura notable de la necrópolis de la Osera (Chamartín, Ávila)», *CHPH*, 1, 1948, fig. I, 53; J. Martínez Santa-Olalla, *Esquema Paleontológico de la Península hispánica*, Madrid, 1946, lám. I; J. Cabré-E. Cabré-A. Molinero, *El castro y la necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*, Madrid, 1950, fig. 8, láms. XLIX-L; LV, LVII, LXXI, LXXIII, LXXIX-IVXXX. Los arreos de montar ibéricos en E. Cuadrado, «Arreos de montar ibéricos de los ex-votos del Santuario del Cigarralejo», *CASE* IV, 1948, 267 ss.; idem, *Excavaciones en el Santuario Ibérico del Cigarralejo (Muía, Murcia)*, Madrid, 1950, 109 ss.; idem «El relieve bifacial hispánico del Cigarralejo», *AMSEAEP*, XXI, 1946, 186 ss.

en escalar sierras y en arrodillarse fácilmente, cuando es necesario y se les ordena» (III 163). El poeta Lucilio, que combatió en Numancia, escribe que los caballos se arrodillaban para que subiesen los jinetes (509). Este mismo autor describe el caballo de Viriato, como no de gran lámina, pero de paso seguro y comodísimo (476): *ipse ecus, non formosus, gradarius, optumus vector*. El *gradarius* podía referirse al paso portante, propio del caballo ibérico (Plin. *NH* VIII 166); Licinio parece, además, sostener que el caballo hispano supera al de Campania por la resistencia en la carrera (506).

A excepción de las yegudas andaluzas, los caballos, tanto del Norte como del Centro, eran de aspecto pobre y de alzada pequeña. Lucilio (476) califica al caballo de Viriato de feo, cualidades ambas que convenían también a los caballos del norte de África (Livio XXXV n); Apiano (*Lib.* 100) califica a los caballos africanos de pequeños y rápidos: ἵππους; χρώμενος μικροῖς καὶ ταχέσι; lo mismo asegura de ellos Eliano (*De Nat. An.* III 2; XIV 10): ὄκιστοι μὲν εἰσὶν ἵππων... λεπτοὶ δὲ καὶ οὐκ εὐσαρκοί. "Ὅτι δὲ μικροὶ μὲν ἰδεῖν εἰσὶν οἱ Λίβυες ἵπποι, δραμεῖν δὲ ὄκιστοι, ἀνωτέρω εἶπον.

Estrabón (XVII 3, 7) sostiene los mismos puntos sobre la altura y velocidad de los caballos africanos: μικροῖς ἵπποις χρώμενοι, ὀξέσι δὲ καὶ εὐπειθέσιν, ὥστ' ἀπὸ ῥαβδίου οἰακίζεσθαι. Esta última afirmación del geógrafo griego, que coincide con la frase de Livio (XXXV 11), igualmente la escriben, referida a los caballos hispanos, los escritores latinos. A los caballos de Uxama los califica Silio (III 387) de *asper frena pati aut iussis parere magistris* (11). Gratiniano (*Cyn* 516) y Nemesiano (*Cyn* 257) sostienen lo mismo.

Según Posidonio, citado por Estrabón, la capa de los caballos de Celtiberia era atabanada; cambiaban de color al llegar a la costa. Este geógrafo griego escribió el mayor elogio que se podía tributar a los caballos celtíberos al compararlos a los párticos (sin duda en la estatura y doma), «teniendo incluso más velocidad y una más bella carrera» (III 163).

CABALLOS ANDALUCES

Andalucía producía igualmente gran número de caballos. César temía que se reuniese mucha caballería pompeyana, lo que, según él, en aquella comarca era fácil. La escolta de 2.000 jinetes hispanos de Iuba (*BC* II 40) sin duda era reclutada en la Bética, dadas las continuas relaciones que mantuvo el monarca nómada con esta provincia.

Los mascarones de las proas en los barcos pesqueros de Cádiz eran cabezas de caballo, hecho altamente significativo. Del texto de Estrabón (II 99) se desprende que las representaciones de caballos en las naves eran privativas de los gaditanos. En este puerto, el más importante del Mediterráneo occidental, se embarcarían para Roma los caballos, ya que se exportaban desde él lanas, cereales, tejidos, conservas y aceite, pues las Compañías navieras mercantiles de Cádiz eran de las más fuertes en toda la Antigüedad. Cádiz era una ciudad exclusivamente de navegantes. Sus barcos costeaban el oeste de África y atracaban en los muelles de Alejandría. De Cádiz a Italia se invertían siete días de navegación (1). Los potrancos españoles criados en África (seguramente andaluces) eran muy buscados como corceles de carreras en el Bajo Imperio. En pleno siglo IV, Símaco menciona frecuentemente en su correspondencia epistolar los caballos españoles de carreras, igual que Amiano Marcelino (XX 8, 13). En la fastuosa capital de Siria, Antioquía, cuyas competiciones circenses eran famosísimas, en los siglos III y IV corrían todavía los caballos criados en el Tajo y en el Guadalquivir.

(1) Cádiz en la época del cambio de Era en L. Rubio, «Los Balbos y el Imperio Romano», *Anales de Historia Antigua y Medieval*, 1949, 69 ss.

CABALLOS DE ASTURIAS Y GALICIA

Los caballos más justamente celebrados los criaban Asturias y Galicia—asturcones y tieltones—; los escritores hablan de ellos frecuentemente como de cosa conocidísima. Participaban de las mismas virtudes que sus hermanos del Centro: velocidad en la carrera y seguridad en la marcha; eran inferiores como bestias de guerra; el primer ímpetu debía de ser terrible, aunque no tenían una capacidad de resistencia grande, lo que les situaba en plano inferior en este aspecto a los de la Meseta; igualmente eran de aspecto pobre. En cambio Nemesiano (254) y Opiano (I 287) afirman que los caballos hispanos son de buena presencia. En el Imperio Romano se conocía una maniobra *Cantabricus impetus* (*Adlocutio* de Adriano y Arriano, *Tactica*, XL 1), que alude a la momentánea acometida de los caballos del Norte. El asturcón era inferior en alzada al tielcón; éste era un magnífico escalador de montañas.

los textos abundan con todo lujo de pormenores, lo que permite hacerse una idea exacta de esta raza.

Plinio (*NH* VIII, 166) describe a estos caballos en los siguientes términos: «En la misma Hispania hay un pueblo galaico y astur en el que se crían los caballos llamados tieltones y asturcones, cuando son de talla menor; no tienen una marcha como la normal; su paso es cómodo; se debe al movimiento simultáneo de los remos de un mismo lado. Los naturales enseñan a los caballos a andar en andadura». El naturalista otra vez habla también del asturcón (*NH* VIII 144). Marcial dedicó al asturcón un epigrama (XIV 199) en el que señala sus cualidades, pequeñez de estatura y rapidez en la carrera.

*Hic brevis ad numeros rapidum qui colligit unguem,
uenit ab auriferis gentibus Astur equus.*

Silio Itálico está de acuerdo con los autores anteriores en la pequeñez del caballo asturcón (III 335). Él por su parte añade

que llevan el cuello erguido (I 223) y que son aptos para tirar de la serreta, y no para la guerra (III 335-337). Magistral es la pintura que ha trazado en sus versos el poeta latino de un caballo asturcón, en la que indica sus virtudes.

*... patrium frons alba nitebat
insigne et patrio per omnis concolor albo;
ingentes animi, memora haud procera decusque
corporis exiguum, sed tum sibi fecerat alas
concitus atque ibat campo indignatus habenas.
Crescere sublimem atque augeri membra putares*

(XVI 348-353).

Silio (XVI 583) insiste en la rapidez de estos caballos, como en virtud suya peculiar.

El *Corpus Glossarum Latinarum* (V 169) llama al asturcón *equus ambulator*, coincidiendo con la afirmación de Plinio de su paso cómodo. Estos caballos tuvieron mucha fama en toda Europa por su paso portante, que según Plinio se llama *tolutim ire* (NH VIII 166); y según Vegetio (*Mulom.* I 56, 37) *tolutim ambulare*. Vegetio (*Mulom.* I 56, 37) alaba la magnífica doma de los caballos párticos comparándolos con los asturcones; ya Estrabón comparó con ellos los caballos hispanos. Precisamente el geógrafo griego escribe de los pueblos del norte de la Península que «practican luchas hípicas» (III 155), del tipo probablemente de las que describe Vegetio (*Mulom.* I 56, 37) de los partos. En la diadema áurea de Ribadeo (1) hay una procesión de jinetes en una escena religiosa, del tipo de lo representado en el caldero de Gundestrup (2). Sin duda, por esta virtud de su andar comodísimo

(1) A. García y Bellido, *Ars Hispaniae*, I, fig. 400; P. Bosch-Gimpera, *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona, 1932, fig. 438. L. Pericot, *Historia de España*, 257; M. 33. Gómez Moreno, *Mil joyas del Arte Español*, Barcelona, 1947, 40.

(2) J. Gricourt, «Sur une plaque de Chaudron de Gundestrup», *Latomus*, XIII, 1954, 381; F. Drexel, «Über den Silberkessel von Gundestrup», *JAI.* XXX, 1915, i ss.; W. Jeuny, *Keltische Metallarbeiten*, Berlin, 1935, lám. XXIII, 49.

estos caballos eran sumamente cotizados en todo el Mediterráneo, pues Eranio Liciniano (XXVIII) cuenta que el rey Antíoco IV Epífanes entró en las fiestas de Antioquía en 165 a. de J. C. montado en un asturcón; el Satiricón (LXXXVI) habla del asturcón, al que califica de «macedónico», como de uno de los mejores regalos que se pueden dar. Probablemente el nombre de asturcón se convirtió en tópico para significar un caballo de raza, de cualquier procedencia, que reuniera buenas cualidades de marcha y velocidad. Virgilio (*Aen.* X 180) da el nombre de asturcón a un etrusco, aliado de Eneas, con el que une sus tropas de a caballo. Por Suetonio (*Nero* XLVI) se sabe que en tiempo de Nerón el tener un asturcón era señal de distinción, incluso, para los emperadores.

Palogonio (*Art. Vet.* XXVII) afirma que los itálicos eran unos finos cotizadores de esta raza, seguramente por su desbridada pasión por las carreras de carros. El dedicarse a la venta de asturcones era un negocio lucrativo, pues el *CIL* (VI 62,38) recoge una inscripción dedicada a un vendedor de asturcones. Séneca, en sus cartas (LXXXVII 10), habla igualmente de los asturcones como de un tema familiar a sus lectores. Otra cita se encuentra en *Rhet. Herenn.* (IV 50, 63).

De los caballos tieltones, Gratiniano *KCyn.* 514) dice que son aptos para terrenos montañosos. A los caballos africanos también los escritores latinos los califican de buenos escaladores de montañas (Amiano XXIX 5, 41; *Salus. BI*, Iy 6). Para Justino que son de gran rapidez en la carrera (*Hist. Phil. Epit.* XLV 3, 1). Silio igualmente alude a la gran rapidez lograda por los caballos de Galicia en correr; en una competición de carros que describe, un caballo gallego alcanzó el primero la meta, siendo el segundo un asturcón (XVI 334-346). Gratio se refiere también a los caballos gallegos (514). Se puede asegurar que la velocidad en las carreras era la nota peculiar de todas las razas de caballos hispanas (además de las referencias citadas, véase Amiano, XX 8, 13; Opiano, *Cyn* I 278; Nemesiano, 251). Vegecio, en este sentido, afirma rotundamente: *curribus Cappadocum gloriosa nobilitas, Hispanorum par uel*

proxima in circo creditur palma (*Mulom.* III 6, 4). El *CIL* (VI 10053, 6, 16 y 10056) recoge dos inscripciones en las que se citan caballos celtíberos y de la Bética que han triunfado.

La Península no sólo producía caballos para el circo, sino excelentes aurigas. En el monumento erigido bajo Antonino Pío (después del año 146) al auriga español Cayo Apuleyo Diocles, del bando de los rojos, al retirarse después de cuarenta y dos años de servicios, se conmemoran 4.257 carreras, de las que 1.462 fueron victorias; en las carreras de un carro, 1.064; en las de dos carros, 347 y 51 en las de tres; en 1.064 corrió con tiros de seis y siete caballos. Diocles alcanzó una fortuna de 35.863,120 sestercios y era un verdadero artista de las bridas. Convirtió a dos caballos en «centenarios» (ganadores de cien o más carreras) y a uno en bicentenario. Los caballos con que competía serían españoles, sin duda, la mayoría de las veces. En un año entró el primero en la meta 134 veces, de las cuáles 118 en carreras de un solo carro, que eran las más apreciadas. Venció ocho veces con los mismos tres caballos. Un mismo día (las carreras duraban todo el día) corrió con el mismo tronco de seis caballos dos veces y venció en ambas carreras, hecho que hasta entonces nadie había realizado; con siete caballos, enganchados uno a continuación del otro, sin yugo, ganó otra vez, lo que hasta entonces nunca se había visto. Otra victoria la obtuvo conduciendo sin fusta (1).

Otra tercera raza de equinos, el *Disex*, albergaba el norte de España. El autor del poema de la Legio VII (*CIL* II 2660) la presenta en oposición al caballo ibero *progeniem ut cursu certare, / ut disice ferri / et pedes arma gerens et / equo iaculator Hiberno* (2).

Al igual que los caballos andaluces y de la Meseta, Roma empleó para la guerra los del Norte; los escuadrones de jinetes asturianos figuran de guarnición en las plazas norteafr-

(1) A. García y Bellido, «El español Diocles, as de los circos romanos», *Arbor*, XXXII, 1955, 252 ss.

(2) Los caballos tieltones existían hasta este siglo en Asturias, A. Schulten, *Los cántabros y asíures y su guerra con Roma*, 86.

canas y en distintos sitios, en el primer tercio del siglo II (1). Los primitivos españoles utilizaron el caballo para un fin totalmente desconocido hoy: el culto religioso. Es un rito típicamente celta. Estrabón (III 155), escribe que sacrificaban caballos a una divinidad guerrera, que los escritores grecorromanos identificaron con Ares, todos los pueblos del Norte, gallegos, asturianos, cántabros, vascos y los habitantes del pirineo. Estos caballos se criarían en estado salvaje y los cazarían para fines religiosos. Cada sacrificio requería un número elevado de bestias. El citado geógrafo habla de inmolaciones de cien cabezas de ganado caballar, hecho que por otra parte prueba la enorme abundancia de esta especie en la comarca. Horacio (III 4, 34) canta a los concanos, tribu cántabra, que sacrifica a los caballos y bebe su sangre.

et laetum equino sanguine concanum

de donde toma el dato Silio:

cornipedis fusa satiaris, concane, uena

(III 361)

Livio (*Per.* XLIX) habla de sacrificios de caballos entre los lusitanos efectuados en señal de amistad.

Caro Baroja ha admitido, como hipótesis de trabajo, que entre los celtas de la Península había un dios caballo, representado frecuentemente en las estelas funerarias (2). Probablemente en las estelas a las que alude Caro se tiene una alusión al carácter de la vida del difunto o al tema de la caza con valor funerario (3); representaciones de un dios caballo serían

(1) A. García y Bellido, «*Alae y cohortes* de nombres étnicos hispanos en el N. de Marruecos», *AEArq.*, XXV, 1952, 145 ss.; idem, «Españoles en el Norte de África durante la Edad Antigua», *I Congreso Arqueológico del Marruecos español*, 1954, 379 ss.

(2) J. Caro Baroja, *Los pueblos del Norte de la Península hispánica*, Madrid, 1943, 139.

(3) A. García y Bellido, *Esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid, 1949, n. 366-366; 374.

seguramente las que hay sobre vasos numantinos, un hombre de pie con cabeza de équido (1), En las lápidas en las que hay representado un caballo del Museo de León y de Oviedo (*CIL*. II 5705, 5709, 5713, 5715, 5721), quizá se tenga la representación de un dios caballo, al que se asimila el difunto o los difuntos representados en forma de caballos, como en Grecia.

En algunos casos, como frecuentemente en Grecia, hay los prótomos de caballo por el animal entero (2). En cambio,

(1) L. Pericot, *Historia de España*, I *Épocas primitiva y romana*, Barcelona, 1942; 344, 399; A. García y Bellido, *Ars Hispaniae*, I, figura 382; P. Bosch-Gimpera, *op. cit.*, fig. 536; J. Gamón, *Las artes y los pueblos de la España primitiva*, Madrid, 1954, fig. 715 A. Schulten, *Numantia* II, lám. XXI.

(2) Algunas representaciones de estas lápidas de los museos de León y Oviedo las ha publicado recientemente F. Benoit en *L'heroïsation équestre*, Aix, 1954, láms. XVII, n. 3-XIX. En el Museo Arqueológico de León hay u lápidas de este tipo y una en el de Oviedo. El cipo funerario de Marchena con palmeta y caballo ha sido reproducido por A. García y Bellido, *Esculturas romanas de España y Portugal*, números 304, 305. Dos caballos votivos con indudable sentido funerario han sido hallados por M. Almagro en una tumba de Ampurias, *Las Necrópolis de Ampurias*, I, Barcelona, 1953, 332 ss. Serra Rafols dio a conocer un carro votivo, recogido en una tumba donde los caballos poseen, sin duda, también el mismo carácter: «Carrito ibérico de bronce del Museo de Granollers», *AEArq.*, LXXIII, 1948, 389 ss. La estela de Clunia con dos prótomos de caballos afrontados ha sido reproducida muchas veces, últimamente por A. García y Bellido, *Esculturas romanas de España y Portugal*, n. 365-370; J. Camón, *op. cit.*, 1954, fig. 785; B. Osaba-Ruiz de Erenchum, *Museo Arqueológico de Burgos*, Madrid, 1955, lám. XIX. Sobre el sentido funerario del caballo en Grecia: L. Malten, «Das Pferd itn Totenglauben», *JAI*, XXIX, 1914. Sobre la significación de los prótomos de caballos en relieves funerarios, R. Herbig, «Giebel, Stallfenster und Himmelsbogen», *RM*, XLII, 1927, 123 ss.; S. Ferri, «Archeologia della 'Protome'», *ARSNP*, serie II, II, 1933, 157; E. Pfuhl, «Das Beiwerk auf den ostgriechischen Grabreliefs», *JAI*, XX, 1905, I, figs. 1-2; II, figuras 20, 123 s.; 21, 126; 24, 134; 27, 135; idem «Zur Darstellung von Buchrollen auf Grabreliefs», *JAI*, XXII, 1907, figs. 10, 126 s.; idem, «Stätionische Plastik», *JAI*, L, 1935, 9 ss., figs. 2, 13 ss., 18-20, 35 y siguiente; 23-24, 39; M. Bieber, *Die antiken Skulpturen imd Bronzen*

en las estelas en las que se representa el jinete con lanza y escudo (1) se tiene la confirmación de la frase que Justino (*Hist. Phil. Epit.* XLIV II, 6) escribió de los habitantes de Ja Península: *plurimis militares equi et arma sanguine ipsorum cariora*. De su ciudad natal cantó Marcial (I 49, 4) que era *equis et armis nobilem*. En el levante ibérico se han recogido siete relieves en los que aparece un dios entre caballos rampantes (2). Aunque se ha querido emparentar estos relieves con representaciones de Epona, en el mundo romano no hay nada parecido; sí en el Mediterráneo en el primer milenio antes de J. C. en Samos (3), en Creta (4), en Chipre (5), en

des Königl. Museum Fridericianum in Cassel, Marburgo, 1915, lámina XXXIII, n. 77, 37 s.; A. Furtwängler, *Sammlung Sabauroff*, Berlin I, láms. XXXII-XXXIII; F. Poulsen, *Ny. Carsberg Glyptothek*, Copenhagen, 1941, lám. V, n. 229 b; P. Wuilleumier, *Tarente des origines à la conquête romaine*, Paris, 1939, lám. XI, 1; XXIX, 1; E. Galli, «Il rilievo di Cipollina»; *S., E.*, VIII, 1934; D. Valeriani, *Etrusco Museo*, Chiusmo, 1832, II, última lámina; G. Richter, *Ancient Italy*, Michigan, 1955, fig. 74, 18.

(1) A. García y Bellido, *Esculturas romanas de España y Portugal*, ns. 367-373, 375; J. Camón, *op. cit.*, figs. 781-783; G. Nieto, «La estela de Iruña (Álava)», *BSEAA*, XVIII, 1952, 13 s.; P. Bosch-Gimpera, *op. cit.*, fig. 331; L. Pericot, *Historia de España*, I. *Épocas primitiva y romana*, 324. Esta estela es una confirmación del texto de Aristóteles, *Pol.*, 1324, 6. Una variante de la misma costumbre sería la estela n. 367-368 y 375 de A. García y Bellido, *Esculturas romanas de España y Portugal*, y las figuras 781-782 de J. Camón, *op. cit.* Otra estela similar en A. García y Bellido, *Ars Hispaniae* I, fig. 398.

(2) J. M. Blázquez, «Dioses y caballos en el mundo ibérico», *Zephyrus*, V, 1954, 193 ss.

(3) J. M. Blázquez, *op. cit.*, lám. XIV, fig. 22; Gebauer, *AA*, 1939, Abb. 16, 265.

(4) Dernagne, *BCH*, LIII, 1929, fig. 34, lám. XXX, 1 y 3; H. Kunze, *Kretische Bronzereliefs*, Stuttgart, 1934, 203, Bel. 2; J. M. Blázquez, *op. cit.*, lám. VII, fig. 10; L. Cesnola, *Cyperm*, lám. LXXXII, 5.

(5) Ohnefalsch-Richter, *Kypros*, Berlin, 1893, lám. CC; J. M. Blázquez, *op. cit.*, lám. VII, fig. 11.

Grecia (1), y en Etruria (2). El nombre de esta divinidad masculina sería δεσπότης θηρων, de la que también se conocen representaciones con otros animales, tanto en Grecia (3), como en Etruria (4). Una divinidad de sexo femenino entre caballos rampantes, también se representó en vasos ibéricos (5). Esta divinidad, que unas veces es masculina, otras femenina, y el santuario del Cigarralejo (6), que no puede estar consagrado a Epona, de la cual en la fecha del santuario ibérico no hay ni el menor rastro, sino a una Πότνια ἵππων, como el de Esparta (7), prueban la gran abundancia de caballos en la Península.

(1) Charbonneaux, «Deux grandes fibules géométriques du Louvre», *Préhistoire*, I, fig. 12, 212., fig. 10, 227; Láne, *BSA*, XXXIV, lámina XLI, c. 168; M. Nilsson, *The Minoan- Mycenaean Religion and its Survival in Greek Religion*, Lund, 1951, 515; E. Kunze, *Olympische Forschungen*, II, *Archaische Skildbänder*, Berlin, 1950, láms. XLII, XV a; 25 a; XLVIII, 35.

(2) J. M. Blázquez, *op. cit.*, figs. 16-20. En el Museo de Bolonia hay otra representación similar inédita: V. Tarchi, *L'Arte etrusco-romana nell'Umbria e nella Sabina*, lám. CXVIII.

(3) H. Payne, *Necrocorinthia*, Oxford, 1931, lám. LI; P. Ducati, *Pontischen Vasen*, Berlin, 1932, lám. XXV; R. Cook, *CVA*, Inglaterra, XIII, lám. D, 9, IV, 2. El origen de esta divinidad hay que buscarlo en Asia; Gressmann, *Altorientalische Bilde zum Alten Testament*, Berlin-Leipzig, 1927, 82; E. Godard, *Les bronzes du Luristan*, Paris, 1931, 45; idem, *Bronzes du Luristan*, La Haya, lám. XIII, XIX, XXIV, XXIX; E. Meyer, *Reich und Kultur der Chetiter*, Berlin, 1914, 54, 44; Muins, «Small Bronzes from Northen Asia», *Antiquaries Journal*, 1930, I, ss., lámina II, 20; Pirva, «Der Gott auf den Pferde», *Jarhbuch für Klein-asiatische Forschung*, 1953, 62 ss.

(4) *Mon. Ant.*, XXII, lám. 76.

(5) J. M. Blázquez, *op. cit.*, lám. XV, fig. 23; idem, «Las diosas aladas de Elche», en *Actas de la IV Sesión*, Madrid, 1954, *Cong. Int. Cien. Preh. Prot.*, 1956, 747 s., fig. 4; E. Cuadrado, «La diosa ibérica de los caballos», en *Actas de la IV Sesión*, Madrid, 1954, *Cong. Int. Cien. Preh. Prot.* 1956, 797 ss.

(6) J. Camón., *op. cit.*, 806 ss. Representaciones de animales domésticos en los restantes santuarios ibéricos en E. Jiménez, «Figuras animalistas del Cerro de los Santos», *Ampurias*, V, 1943, 95 ss.

(7) R. Dawkins, *The Sanctuary of Artemis Orthia at Sparta*,

El *Corpus Hippiatricorum Graecorum* (II 123, 3) describe a los caballos ibéricos en los siguientes términos: «Los caballos ibéricos son pequeños y apropiados para la caza; se cree que proceden de caballos salvajes. Son suaves y aptos para la carrera, pero no para el paso». Las representaciones de escenas de caza a caballo son abundantes, tanto en estelas como en bronceos (1), en fibulas (2) y en pinturas de Liria (3) y de Archena (4).

Las monedas ibéricas o romanas con caballos o jinetes, son abundantísimas. El modelo podrá ser importado: griego, púnico o romano; en último término prueban la gran riqueza en caballos en aquella época.

Cada población acuña y pinta en la cerámica la imagen del producto que opina más estimable y representativo. Cádiz, con su celeberrima tumba y templo de Hércules y sus salazones, los atunes y la cabeza del semidiós; Mérida, zona típicamente agrícola, la yunta de bueyes y el arado; las vides, Larache; Obulco, la espiga de trigo; Olot, la piña. El caballo sólo o el jinete se representa muy frecuentemente en las monedas de Sagunto, Saetabi, Ituci, Olont, Ib, Bailo, Ilipla, Iliurgi, Segobriga, Osca, Bilbilis, etc. (5).

Londres, 1929. Para divinidades femeninas griegas entre caballos, cf. N. Yalouris «Athena als Herrin der Pferde», *MH*, VII, 1950, 19. ss.

(1) J. M. Blázquez, «Los carros votivos de Mérida y Almorchón», *Zephyrus*, VI, 1955, 41 ss.

(2) J. Camón, *op. cit.*, fig. 732; J. Maluquer, «Pueblos celtas», figura 65; J. Martínez Santa-Olalla, *op. cit.*, lám. LXI; L. Pericot, *Historia de España*, I, *Épocas primitiva y romana*, 295.

(3) *CVH*, Liria, lám. XI/VIII. Sobre la caza en la Península, ver: J. Aymard, *Essai sur les chasses romaines des origines à la fin du siècle des Antonins*. Paris, 1952, 67 s.

(4) A. Blanco, «Fragmento de un larnax ibérico en el Ashmolean Museum de Oxford», *AEArq.*, 78, 1950, 199 ss.; L. Pericot, *Historia de España*, 315; P. Bosch-Gimpera, *op. cit.*, fig. 313; A. García y Bellido, «Arte Ibérico», figs. 564-565; idem, *Ars Hispaniae*, fig. 313.

(5) J. de Iriarte, «Caballos y toros en la Numismática hispana Antigua», *AEArq.*, XXV, 1952, 13488.

GANADO MULAR Y ASNAL

Se sabe que los mulos de la Península eran muy cotizados. Plinio (*NH XXI 74*) habla de un menester curioso en que se les empleaba: el transporte de colmenas. El mismo autor escribe que las burras en Celtiberia producían crías (mulas) de precios fabulosos: 400.000 sestercios (*NH, VIII 170*).

Según Diodoro (V 17, 1) en las islas Baleares se criaban mulos de gran tamaño y extraordinaria fuerza: *τρέφει δὲ κτήνη πολλὰ καὶ παντοδαπά, μάλιστα δ' ἡμιόνους, μεγάλους μὲν τοῖς ἀναστήμασιν, ὑπεράγοντας δὲ ταῖς Ῥώμαις*. La *Expositio totius mundi* (79; ed. Lombroso) cita como artículo hispano de exportación. En el Cigarralejo se ha encontrado un relieve en el que a una asna sigue su pollino (1).

GANADO BOVINO Y OVINO

Del párrafo de Estrabón (III 143) copiado al comienzo se deduce que en las riberas de los ríos andaluces pastaban grandes vacadas. La localización en la Bética del mito de los rebaños de Gerión (Estr. III 148; 150; 169) prueba la abundancia de esta especie en aquella región. los bueyes se empleaban para las faenas del campo (monedas de Emerita y Cesar Augusta con el arado) y para el transporte. El régulo Orissón, de Levante, incendia unos carros tirados por toros para atemorizar a los cartagineses (Ap., *Ib. V*; Front., *Strat. II 4, 17*; Zonaras, VIII 19) (2).

(1) E). Cuadrado. *Excavaciones en el Santuario ibérico del Cigarralejo (Mula, Murcia)*, lám. LXXVIII.

(2) A. Schulten (*FHA*, III, 14) supone esta historia inventada; no así A. García y Bellido (*Fenicios y Cartagineses en Occidente*, 65; idem, «Colonización púnica», 369), basado en que la estratagema de que se sirvió el régulo ibero la emplearon los cartagineses (Pol. III, 93, 10 y 94, 2) en los pasos de Falerno en una acción en la que participaron activamente las tropas ibéricas.

En el carro votivo de Costa-Figueira se observa un carro de cuatro ruedas arrastrado por dos yuntas de bueyes en ambas direcciones; hay conductores que dirigen ambas parejas.

Del citado párrafo de Polibio se deduce que la riqueza de la Meseta Central en bovino y ovino era enorme.

No es de extrañar, pues, la sacralidad del toro atestiguada por Diodoro (IV 18, 3) τὰς δὲ βοῦς τηρουμένας συνέβη ἱερὰς διαμεῖναι κατὰ τὴν Ἰβηρίαν μέχρι τῶν καθ' ἡμᾶς καιρῶν. La confirmación de la frase de Diodoro son los bronce votivos de Costa-Figueira, Castelo-do-Moreira y del Instituto de Valencia de Don Juan, en Madrid (1), en los que se tiene la divinidad animal a la que se ofrece el sacrificio, representada como altar; el mango de cuchillo ritual del Museo Arqueológico Nacional de Madrid (2); las pinturas numantinas, ya de toros completos, ya de bucráneos (3); las cabezas de toros de Costig (4), y demás representaciones de estos animales en bronce (5) o en cerámica recogidas en las islas Baleares. El culto al toro en la Península, como en Etruria, iba unido con danzas rituales, como la representada en un vaso de Numancia (6) y probablemente en Liria (7). Finalmente, al culto al toro se vinculan, según Álvarez de Miranda, las esculturas llamadas verracos (8) y distintas representacio-

(1) M. Cardozo, «Carrito votivo de bronce, del Museo de Guimarães, Portugal», *AEArq.*, XIX, 194633.

(2) J. Camón., *op. cit.*, fig. 737.

(3) P. Bosch-Gimpera, *op. cit.*, fig. 538; R. Mélida-B. Taracena, *Excavaciones de Numancia*, Madrid, 1912, láms. XVII-XLIV, LII; B. Taracena, *op. cit.* fig. 289; A. Schulten, *Numancia*, II, lám. XII, i, XXIV-XXV; XXXVII. A.

(4) A. García y Bellido, *Ars Hispaniae*, I, figs. 116-117.

(5) M. Almagro, *Museo Arqueológico de Barcelona*, Madrid, 1955, lámina XVI.

(6) A. Schulten, *Numantia*, II, lám. XVI.

(7) *CVH*, Liria, lám. LIX, a.

(8) J. Maluquer, «Pueblos celtas», 101 ss.; J. Caro Baroja, *Los pueblos de España*, 184 ss.; J. Fernández Oxea, «Nuevas esculturas zoomorfas prehistóricas en Extremadura», *Ampurias*, XII, 1950, 55 ss.

nes de estos animales del mundo ibérico (1), como los toros de Toya, de Rojas, de Osuna, del Mollar, etc., y la «Bicha de Balazote.»

El culto al toro es preindoeuropeo, mas en la Península aflora en época y en poblaciones más o menos célticas (2). La gran abundancia de toros aparece claramente confirmada por las abundantes representaciones de estos animales en las monedas (3). Sobre el valor del ganado vacuno Polibio (XXXIV 8, 9) da el siguiente dato: *μόσχος δραχμῶν πέντε καὶ βοῦς ζύγιμος δέκα* referido a Lusitania.

La Península criaba muy buenas razas de ovejas, que proporcionaban lana de gran calidad. Marcial, muy frecuentemente, habla de la lana hispana; de la producida por las ovejas de la Bética dice que es de color oro (V 37, 3; IX 61, 3; XII 98, 2), y a ellas alude continuamente (I 96,5; XII 63, 3-5) y las dedicó el siguiente epigrama (XIV 133):

*Non est lana mihi mendax nec mutor ahenus.
Sic placeant Tyriae: me mea tinxit ouis.*

Plinio (*NH* VIII 191) y Columela (VII 2,4) escriben que la lana de las ovejas de la Bética es rojiza, dato que coincide con el calificativo de dorada que le da Marcial. El mismo Columela (VII 2,5) habla de un tío suyo que cruzando ovejas de la Bética con africanas logró un cruce excelente, mejor que las tarentinas, que eran reputadas por las mejores (Pl., *NH* VIII

(1) A. García y Bellido, «Arte ibérico», fig. 503-506, 512, 514-515, 523-528.

(2) A. Álvarez de Miranda, «Magia y Medicina popular en el mundo clásico y en la Península Ibérica», *Archivos iberoamericanos de Historia de la Medicina*, V, 1952. Para el culto al toro en el norte de África, cf. A. Álvarez de Miranda, «Magia y religión del toro norteafricano», *AEArq.*, XXVII, 1954, 3 ss.; en Italia: F. Altheim, *Römische Religionsgeschichte*, Baden Baden, 1951, 17 ss.; en Cerdeña: C. Zervos, *La civilisation de la Sardaigne*, Paris, 1954, 126, 105-167, 268; 326, 358, 401, 404-406, 410, 418-419, 423-425.

(3) J- de Iriarte, *op. cit.*

190). Juvenal achaca a la bondad de los pastos, a la calidad de las aguas y al clima la gran calidad de la lana bética (XII 40-42):

*Atque alias, quarum generosi graminis ipsum
infecit natura pecus, sed et egregius fons
uiribus occultis et Baeticus adiuuat aer.*

Marcial la atribuye al agua del Betis (VIII 28, 6; XII 96, 2). En la Bética también había ovejas de color oscuro (Colum. VII 2). De Marcial (VIII 28, 5) se desprende que en la Bética se fabricaban togas de lana blanca y en Salacia se tejían telas a cuadros (Plin., *NH* VIII 191).

Los celtíberos fabricaban unos abrigos negros muy bastos con lana parecida al pelo de cabra (Diod. V 33, 2): φοροῦσι δ' οὗτοι σάγους μέλανας τραχεῖς καὶ παραπλήσιον ἔχοντας τὸ ἔριον ταῖς αἰγείαις θριξίν. Las ovejas eran la base de la alimentación de muchos pueblos como de los beribraces (Av., *Or. Mar.* 485).

Sobre el valor del ganado ovino sólo se dispone del dato de Polibio, quien dice que en Lusitania un cordero valía 3 ó 4 óbolos (XXXIV 8, 8) y un cabrito un óbolo. Las cabras son citadas por Avieno (*Or. Mar.* 218) en el cabo San Vicente, y en estado salvaje en los páramos de León (*CIL* II 2660). Los machos cabríos entre los pueblos del norte de la Península se sacrificaban a Ares (Estr. III 155); su carne, según el mismo autor, era la base de la alimentación para estos pueblos. A Atecina se le debía sacrificar igualmente cabras, pues se han recogido votos con el nombre de la diosa (1). Murcia debía ya disponer en esta época de magníficos ejemplares de leche de esta raza, como lo prueba la pintura (2) de un vaso de Verdolay (Murcia).

(1) Leite de Vasconcellos, *Religiões da Lusitania*, Lisboa, 1905, 168 ss.

(2) A. García y Bellido, «Arte ibérico», fig. 608; idem, *Ars Hispaniae*, I, fig. 320; M. Aragonese, *Museo Arqueológico de Murcia*, Madrid, 1956, lám. VIII.

GANADO PORCINO

Lusitania producía una raza de cerdos de gran tamaño. Varron., *Re. Rust.* II 4, n, dice: *In Hispania ulteriore in Lusitania sus cum esset occisus, Atilius Hispaniensis, minime mendax et multarum rerum peritus in doctrina, dicebat. L. Volumnio senatori missam esse offulam cum duabus costis, quae penderet tres et uiginti pondo, eiusque suis a cute ad os pedem et tres dígitos fuisse.* Famosos eran los jamones cántabros y cerretanos (Estr. III 162), a los que Marcial dedicó el siguiente epigrama:

*Cerretana mihi fiat uel missa licebit
de Menapis: lauti de petasone uorent.*

(XIII 54)

En Lusitania un cerdo de 100 libras de peso costaba cinco dracmas (Pol. XXXIV 8, 8). La *Expositio totius mundi* cita entre los géneros de exportación hispana las carnes saladas. En Galicia, al padecer, había una divinidad asociada al jabalí (1).

J. M. BLÁZQUEZ MARTÍNEZ

(1) J. Maluquer, «Pueblos celtas», 70.